

Bitoriano Gandiaga o la intensidad del silencio

por Roberto Mielgo Merino

textos seleccionados

Bitoriano Gandiaga Artetxe nació en el caserío "Orbelaun" de Mendata el 8 de Octubre de 1928 y, como ocurre frecuentemente con el asunto biográfico en literatura vasca parece ser que Bitoriano Gandiaga no volvió a existir hasta que, a la edad de doce años, apareciera en Arantzazu para dar comienzo a su educación en la regla franciscana, que pasaría por Foru, Zarautz y Olite. y terminaría -con esa estructura cerrada que la fe confiere a la vida misma- en el génesis, es decir, en Arantzazu, tras haber sido ordenado en 1954 por el obispo. Esto y que, a partir de entonces. se dedicaría a la docencia en el convento, al abrigo del Urbía y el Aizkorri, es prácticamente todo lo que podemos saber de Gandiaga hasta su aparición en el panorama literario, a través de las diversas historias de la literatura, monografías en torno a la poesía vasca, etc... Quizá por eso Ixaro Borda tuviera la certeza de que los datos referentes a Gandiaga eran conocidos por todos (1). A pesar de ello, he querido recordar algunos de esos detalles que han rodeado la vida y la obra de Gandiaga, sin ánimo de poner en duda certezas ajenas, sino más bien por la ausencia de la propia.

Gandiaga colaboraba desde principio de los 50 en varias revistas, y el mismo año de su ordenación obtuvo el primer premio en el certamen poético celebrado en Zarautz con una poesía titulada *Begion lore*. Ya demostraba entonces una sensibilidad especial para el verso, sin embargo sería en el certamen celebrado en Arantzazu en 1956 en el que su poema *Elorriko lorak*, que obtuvo de nuevo el máximo galardón, impresionara gratamente al jurado. Precisamente con esos versos se inicia *Elorri*. su primer libro de poemas.

Naturalmente todo este no sucede porque sí. Es interesante señalar que, además de otras circunstancias, en 1949 se publicó el poemario *Arantzazu, euskal-poema*. del padre Salvatore Mitxelena que, como bien indicaba Jon Juaristi (2), fue motor para otros más jóvenes en esta época, y Gandiaga sería uno de ellos. Además no hay que olvidar que justo al comienzo de la década -el 9 de Septiembre de 1950 concretamente- se colocaba la primera piedra de lo que sería el nuevo edificio del santuario. La basílica se inauguraría tres años más tarde, y será al año siguiente -precisamente el de la ordenación de Gandiaga y de su primer premio literario- cuando Oteiza inicia los trabajos para la creación del friso, que se verían pronto interrumpidos por más de diez años. Otros artistas vascos, además, son encargados de las diversas partes de la basílica: Chillida de las puertas, Javier de Eulate de las vidrieras y el polifacético Nestor Basterretxea de algunas pinturas murales que sufrirían un triste final.

Un comienzo espinoso

En medio de todo este ajeteo artístico vive Gandiaga el comienzo de su singladura franciscana en Arantzazu, rodeado por la naturaleza, una naturaleza que, desde la esencia misma de la orden, llama al misticismo y al encuentro con Dios.

Elorri (1962) nace, precisamente, de la fuerza y la sencillez de esta "emoción mística y compenetración franciscana con el paisaje", en palabras de Mitxelena (3), y hay un buen número de elementos a tener en cuenta en esta obra prima no sólo en virtud de una comprensión más clara de la misma, sino para desvelar algunas de las claves del largo y silencioso camino del poeta hasta su siguiente obra.



-En primer lugar observamos que la lengua misma es una de las peculiaridades de esta obra con respecto al resto de la creación poética del autor, ya que está escrita en vizcaíno. Naturalmente la opción dialectal puede responder a varias causas, por un lado que es la nativa del poeta, y esto condiciona su dominio de la misma y, por ende, la naturalidad y la plasticidad de los poemas. Por otra parte, en Arantzazu y alrededores también se habla en vizcaíno. A esta coyuntura lingüística interna y externa se suma el hecho de que la discusión en torno a la normalización de la lengua no había llegado aún a la efervescencia de los 60 y, en este sentido, las opciones de los escritores al respecto eran más bien personales.

En sus obras posteriores Gandiaga tomaría el camino de los que apostaron por el euskera unificado *-batua-*, habida cuenta que traían consigo, además, una renovación estética y temática desde cuya perspectiva la poética de Gandiaga parecía caduca apenas comenzada su andadura literaria, lo que trajo consigo una crisis que sumiría al autor en un largo y meticuloso proceso de transformación. No obstante, Gandiaga recupera paulatinamente la identidad de su dialecto natal, incorporándola a la lengua unificada y dotando así a su lenguaje poético de una personalidad peculiar.

-En segundo lugar es importante comprender que, aunque parezca una obviedad, la poesía de Gandiaga es, fundamentalmente, una poesía basada en la experiencia, y la suya, además de limitada, estaba condicionada por su educación. Condicionada en el sentido de que, de todo el entorno que el autor percibe, la parte de la realidad que Gandiaga vierte en *Elorri* es fruto de una selección marcada por su gusto académico y su concepto clásico de la poesía, ya que también en este tiempo tiene Gandiaga contacto con una parte del mundo cultural vasco que no deja una huella clara en sus primeros poemas como lo hará posteriormente (4)

Dentro del marco de esta experiencia parcial cobra entonces una especial importancia la descripción de las sensaciones producidas por el entorno, que es, exactamente, Arantzazu y su contex-



to natural y poco domesticado. Es aquí donde esa especie de panteísmo franciscano, que posiblemente acerca su poesía al simbolismo, confiere a cada elemento de la naturaleza una parte de la esencia divina que pone continuamente a prueba la capacidad de asombro del poeta. *Elorri* es esto básicamente, lleva consigo la fuerza y la naturalidad del aire puro de la montaña que uno inspira con ansia y lo exhala, renovado interiormente por su frescura.

Hay también en esta obra una inquietud existencial, un tono de búsqueda que da a su poesía un sentido universal. a pesar de que la fe ofrece, finalmente, una respuesta concreta a muchas de las preguntas.

- Por último queda un punto a tener en cuenta: el fracaso que su primer libro de poemas supuso para Gandiaga. No se trataba de un fracaso editorial o comercial en realidad, cosa bastante evidente si tenemos en cuenta la difusión y el mercado que la literatura en euskera tenía en estos momentos, por no hablar de los obstáculos devenidos del régimen franquista. El fracaso surgía del encuentro con la estética y los presupuestos poéticos de los escritores más jóvenes,

que en este momento comenzaban una ruptura con la tradición literaria heredada del nacionalismo conservador de preguerra. Debemos pensar que Gandiaga contaba treinta y cinco años a la fecha en que *Elorri* fue publicado, por lo que, a pesar de que el libro fuera el producto de varios años de trabajo, no se puede decir que fuera una obra de juventud. No obstante Gandiaga parecía desear formar parte del cambio y de aquí su sensación de fracaso.

No cabe duda de que *Elorri* fue bien acogido por los representantes de las generaciones anteriores y tuvo una crítica favorable de nombres ilustres como Mitxelena o Villasante, sin embargo los jóvenes no opinaban igual, la poesía de Gandiaga hablaba del placer franciscano de percibir la vida en la naturaleza, mientras que los nuevos poetas, críticos ante la mirada al pasado de los que perdieron la guerra, proponen una poesía que denuncie la situación del pueblo vasco y muestre sus diversas realidades, no la visión idílica y rural que venía ofreciendo la vieja escuela.

A pesar, por tanto, de la innovación que supuso frente a la poesía anterior, y de la frescura estética que representó,

(1) "Gandiaga, el hombre que descubrió la ciudad", in Zurgai, Dic. Bilbao 1991, PP. 34-35.

(2) *Literatura vasca*, Taurus, Madrid, 1987, p. 106.

(3) *Historia de la Literatura vasca*, EREIN, Donostia, 1988, p. 162

(4) Folklore y cultura tradicional eran temas cuidados en Arantzazu, y fruto de ello es el trabajo *Arantzazuko Folklore-gaien biltzeaz* realizado por Gandiaga y que se publicó en *Euskera* en 1956. También colaboró con Ángel Irigaray en su recopilación de cuentos vascos, como señalaba Arrúe en su artículo ("*Cuatro poetas vascos actuales*", in *Euskera*, VIII-IX, 1963-64, p.190.)



VERDES

LIBURUDENDA

CORREO KALEA, 7

☎ 944 15 87 74 - 944 16 02 37

48005 BILBO

Elorri apareció como un espléndido pero tardío fruto de la vieja poética y, como indicaba Josu Landa (5), parecía evidente que Elorri no era lo que los nuevos tiempos pedían.

Lo que esconde el silencio.

Para comprender y apreciar el intervalo de doce años que hubo de transcurrir hasta ver publicado su segundo libro de poemas, debemos considerarlo como una etapa más en la evolución del autor, como ya sugería Mikel Lasa -otra de esas voces personales de la poesía vasca- en su introducción a *Hiru gizon baskarka* (6).

Esta etapa de silencio comienza con la crisis en la que se sume Gandiaga tras el encuentro de su primera poesía con la de los nuevos poetas, en parte, posiblemente, por esa obsesión perfeccionista que -como nos dice Rufino Iraola- le lleva siempre a sentirse inferior en la comparación (7). Por otro lado, sin embargo, debemos pensar en la diferencia real existente en ese momento entre *Elorri* y, por ejemplo, la poesía de Aresti, que lidera el nuevo planteamiento poético.

Aresti unía a su genio creador una visión del futuro de la cultura vasca lo bastante clara como para que su paso decidido y emprendedor hacia él se convirtiera en un motor popular. Académico de Euskaltzaindia desde 1957, en 1959 había publicado ya su primer libro de poemas, *Maldan behera*, pero sobre todo, a lo largo de esta fase de metamorfosis de Gandiaga, publicaría *Harri eta Herri* (1964) y *Harrizko Herri hau* (1970), auténticos exponentes de las tendencias poéticas de esta época de cambio. La poesía de Aresti alcanza una popularidad sorprendente, con una cota de lectores inaudita hasta entonces, y supone una vía creativa e ideológica nueva y más cercana a la realidad, que le valdría el Premio Nacional de Literatura en

1968. Sin duda algo muy diferente de la educación clásica de Gandiaga.

La segunda mitad de los años 60 resultó una época de lucha, en el ámbito de la cultura vasca, por alcanzar la heterogeneidad y la pluralidad propias de la madurez y, sin duda, nunca hasta entonces había estado tan cerca, con la aparición de actitudes claramente más cosmopolitas y abiertas.

El encuentro con este movimiento de ideas y con la poesía social sumerge a Gandiaga en una reflexión sobre el sentido de su propia poesía, una reflexión que, en primer lugar, lleva al poeta a mirar algo más allá de Arantzazu y su entorno natural. Se encuentra entonces, paulatinamente, con la realidad del pueblo vasco y con el aire que en su seno se respira. y va comprendiendo la esencia de la nueva poesía. Sin embargo la personalidad de Gandiaga es fuerte y deja su impronta en la visión que el poeta tiene de esa realidad. El interés de Gandiaga se dirige a un sector de la población que, tras el desarrollo de los núcleos urbanos y la conciencia de clase trabajadora, ha quedado aislado en el medio rural (8). Aquí halla el germen de su transformación, de ese cambio que lo lleva, poco a poco, de la alegría franciscana, como la llamaría Arrúe, a la tristeza del desaliento de un pueblo.

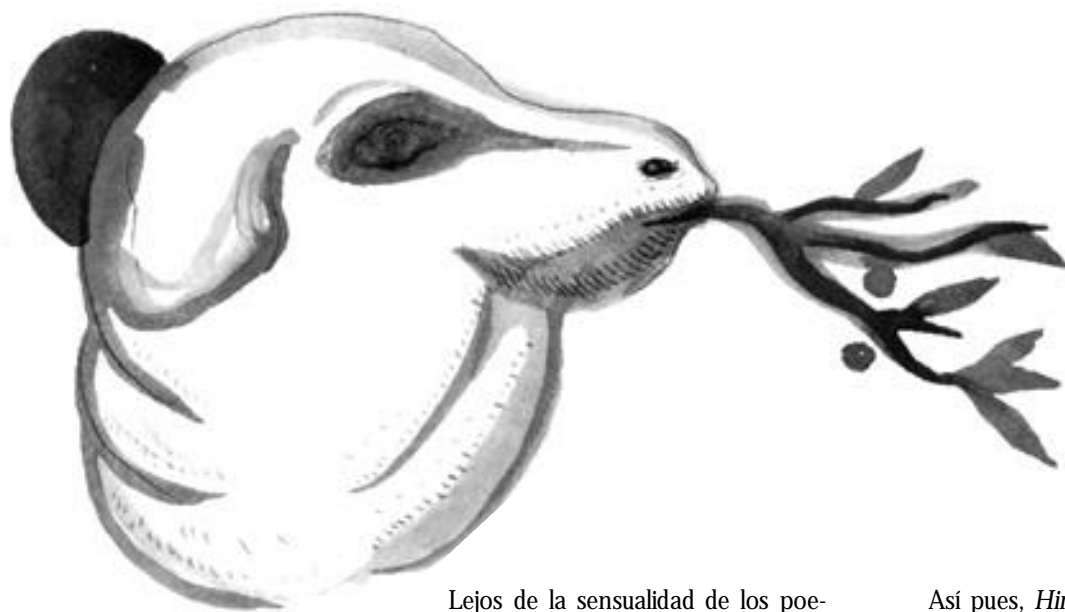
En realidad Gandiaga nunca deja de escribir, como él mismo confiesa, pero no lo hace sino por una necesidad interior cuyo destino, como contaba Lasa en el prólogo antes mencionado, sería durante largo tiempo la papelera. Es por esto por lo que hay que entender este silencio de Gandiaga como un silencio hacia el exterior, Gandiaga calla porque no quiere cantar sin una buena causa, pero habla consigo mismo sin descanso, buscando precisamente eso que dé sentido a su canto.

(5) *Gerraondoko poesiaren historia*, Elkar-AEK, Donostia, 1983, p. 85.

(6) Él lo aconsejaba concretamente a los críticos con estas palabras "Kritikoak. *Elorri* eta bilduma honen arteko mutualdia ezin dezake hutsune soil bezala ikus. Aitzitik mutualdi hau benetako etapa bezala hartzera beharturik daukazu".

(7) "Aipua: *Denbora galdu alde*", in RIEV, XXXVI-1, 1991, p.175.

(8) Como curiosidad podemos recordar aquí que el mismo Aresti en 1969 traducía *O catecismo do labrego* de Marcos de Portela, bajo el título *Nekazarien dotrina*.



En medio de una búsqueda desesperada, sin embargo, ocurre algo que marca a Gandiaga de forma definitiva. En 1968 Oteiza es autorizado a continuar las obras por Monseñor Bereciartúa, y allí, en Arantzazu, resulta, con su carácter provocador, el acicate que Gandiaga necesitaba para emprender el camino de nuevo. Durante las obras del friso Oteiza y Gandiaga comparten su proceso creativo, y se da una simbiosis que quedará reflejada en la obra de ambos. Gandiaga acude día a día a la cita con el escultor y lee sus poemas para él. Y así, sin darse apenas cuenta, despierta de nuevo con seguridad el genio poético de Gandiaga. Junto a Oteiza. Gandiaga, que durante largo tiempo sólo había hablado consigo mismo, recupera progresivamente su deseo de cantar, y esta vez más vivo y desgarrado que nunca, con una pasión que arderá por toda Euskal Herria.

Y por fin un grito

Con la ayuda de Pello Zabaleta y el asesoramiento de Mikel Lasa. Gandiaga seleccionó y estructuró los versos escritos durante este largo periodo y en 1974 vio la luz *Hiru gizon bakarka*, una obra madura e intensa que -en un momento en el que Aresti perdía fuerza, cansado por las críticas y el rechazo desde algunos sectores- tuvo gran éxito y se convirtió en un emblema para el pueblo vasco. Un éxito y un motor en todos los sentidos en una etapa en que la literatura vasca parecía ir encontrando ya aquella heterogeneidad y madurez que algunos buscaban.

Lejos de la sensualidad de los poemas de Elorri, en *Hiru gizon bakarka* Gandiaga ofrecía una poesía recia, libre de adornos, con símbolos de enorme y dura belleza. Como dice Kortazar: "es una poesía hecha para hacer pensar" (9)

En *Hiru gizon bakarka* Gandiaga demuestra, en primer lugar, tener un dominio del idioma que le permite una plasticidad pocas veces alcanzada en la poesía vasca, pero también un conocimiento de las costumbres y de la cultura popular que entona con las propuestas de Aresti, que defendía la edificación del futuro sobre una base sólida de conocimiento histórico. Las imágenes que Gandiaga utiliza a lo largo de la obra entroncan continuamente con esa cultura popular -sin duda, el extraordinario símbolo del txakoli como representación del pueblo vasco y su frustración se convertiría en un auténtico emblema-, además de las continuas referencias bíblicas.

No hay que olvidar, por otra parte, la relación de la obra con el trabajo de Oteiza en Arantzazu. Desde su visión de las esculturas Gandiaga, además de plasmar su sentido, describe aquello que él desaliento de las figuras produce en el poeta. Es un canto que muestra con dureza no sólo la opresión y la impotencia de un pueblo que busca su identidad. sino también la desidia de aquellos que protestan por su situación sin hacer el esfuerzo de cambiarla, una visión que, por otra parte, no ha perdido actualidad, por lo que la intensidad de su mensaje conserva su vigencia a pesar del tiempo.

(del número de Zurgai "Algunos poetas vascos", Julio de 1.996)

Así pues, *Hiru gizon bakarka* es la parte final de un largo trabajo, es el fruto del silencio, de la reflexión sobre la poesía y sobre Euskal Herria, y es la prueba palpable de una transformación tan profunda como fértil, que dio a la literatura vasca una poesía llena de vida y un canto a las raíces como referencia para el futuro.

Posteriormente Gandiaga escribirá *Udo batez Madrilén* (1977), un intento por mostrar las sensaciones que una metrópoli como Madrid produce en un franciscano acostumbrado al entorno natural de Arantzazu, en el que intenta experimentar con el lenguaje y con la forma misma del poema. Sin embargo las opiniones en cuanto a si consigue reflejar el vértigo y la deshumanización de la gran ciudad son diversas y, en ocasiones, encontradas. Más tarde publica *Denbora galdu alde* (1985), una terapia poética en la que la autoconfesión y el psicoanálisis nos muestran la visión más personal de Gandiaga. Y apenas un año después aparece *Gabon dut anuntzio* (1986) que es una colección de felicitaciones navideñas acompañadas de música, entre testimonial y didáctica

Sin embargo sus dos primeros trabajos tienen una intensidad particular, contienen la esencia de dos Gandiagas muy diferentes, son expresiones honestas del alma del poeta, tal vez porque no desean expresarla tan directamente como las posteriores, a pesar de que todas muestran elementos constantes propios de su personalidad.

(9) *Literatura Vasca. Siglo XX*, Etor, Donostia. 1990, p.156.